



Seix Barral Biblioteca Formentor

Don DeLillo

La Estrella de Ratner

Traducción del inglés por
Javier Calvo

Título original: *Ratner's Star*

© 1976, Don DeLillo

© por la traducción, Javier Calvo, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: noviembre de 2014

ISBN: 978-84-322-2410-2

Depósito legal: B. 21.447-2014

Composición: Huertas Industrias Gráficas, S. A., Madrid

Impresión y encuadernación: Víctor Igual, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

7	<i>Andanzas. Experimento de campo número uno</i>
9	Substrato
29	Flujo
61	Forma
79	Expansión
105	Dicotomía
127	Convergencia hacia el interior
152	Recolocación
181	Segmentación
212	Estructura compuesta
251	Opuestos
297	Secuencia
328	Parejas
349	<i>Reflexiones. Proyecto Logicon menos uno</i>

1

SUBSTRATO

El pequeño Billy Twillig se subió a bordo de un 747 con rumbo a una tierra lejana. Esto se sabe a ciencia cierta. El hecho de que se subió al avión. El avión era un Sony 747, etiquetado como tal y programado para llegar a su punto de destino un número exacto de horas después del despegue. Todo esto es susceptible de verificación, marcado con guijarros (*khalix, calculus*), tan real como el número uno. Pero por delante quedaba el horizonte soñoliento, latiendo entre el polvo y los gases, una ficción cuyos límites venían determinados por la perspectiva de uno, un poco como esas cantidades imaginarias (la raíz cuadrada de menos uno, por ejemplo) que conducen a dimensiones nuevas.

El avión fue rodando hasta una pista de despegue remota. Billy iba sujeto con el cinturón a un asiento de ventanilla. A su lado, en la hilera de asientos dispuestos en formación 5-2-3-2-5, iba sentado un hombre leyendo una revista de navegación deportiva, y al lado del hombre había una, dos y hasta tres niñas. Aquélla era toda la proximidad que a Billy le apetecía explorar de momento. Tenía catorce años y era más pequeño que la mayoría de los chicos de su edad. Si se lo examinaba de cerca, se podía encontrar en él una capacidad asombrosa de concentración, una intensidad manifiesta que compensaba la

indiferencia de sus ojos castaños y sus modales por lo general apáticos. Visto de lejos, daba la impresión de no estar del todo en paz con su entorno presente, repanchingado con cautela en su asiento, un recién llegado a aquel remanso de tecnología y luz mortecina. El ruido del sistema de propulsión en miniatura cobró intensidad y el avión no tardó en despegar. Su ángulo de ascenso fue lo bastante empinado como para asustar al chico, que no había estado nunca en un avión. Como Suecia estaba en guerra, había recibido su Premio Nobel en un jardín de Pennyfellow, Connecticut, localidad a la que había ido y de la que había vuelto en el asiento trasero del pequeño Ford de su padre.

Era el primer Premio Nobel que se otorgaba en la categoría de matemáticas. El trabajo que había merecido el galardón sólo lo entendían tres o cuatro personas, todos matemáticos, claro, y fue gracias a la presión confidencial de aquellas personas que el comité del Nobel, tradicionalmente perdido del todo en aquel campo, acabara decidiéndose por Twillig, cuyo nombre de nacimiento era Terwilliger, William Denis Jr., prematuro hasta las cejas, lo bastante pequeño como para encajar sin problemas en una jarra de litro.

Su padre (para remontarnos un poco) era inspector de tercer raíl en el metro de Nueva York. Cuando el niño tenía siete años, el señor Terwilliger (a quien casi todo el mundo llamaba Babe) se lo llevó a los túneles del metro sólo para meterle un poco de miedo, un poco a modo de iniciación te-bana. A fin de cuentas, era el sitio donde Babe se pasaba prácticamente la mitad de su vida consciente. Le resultaba del todo natural que un padre iniciara a su único hijo en la idea de que la existencia suele nutrirse de lo que hay debajo, del nivel del miedo, del plano de la obsesión, del tracto más lúgubre de la conciencia. Babe también albergaba en su mente la idea de que el niño le mostraría más respeto cuando viera la zona donde él trabajaba duro, donde experimentaba el acero y el olor a humedad. Viajaron un rato a bordo del tren local, de pie en la parte delantera del primer vagón, para tener la

perspectiva del conductor. Luego se bajaron y recorrieron el andén de una estación desierta del sur del Bronx, entraron en un cuartucho de herramientas, bajaron unas escaleras, tomaron un pasillo, cruzaron una puerta y salieron a las vías, donde echaron a andar en silencio hacia la siguiente estación. Era domingo, y por tanto aquello resultaba razonablemente seguro; eran las vías de los trenes expresos y en aquella línea no circulaban expresos en domingo. Sin embargo, sí que pasó un tren local por la vía de al lado, levantando chispas azules y lentas. Bajo aquella lluvia incandescente, a Billy le pareció ver una rata. Delante tenían una curva abierta. Con la intención de hacer gracia y dar miedo, Babe hizo una serie de muecas de loco: la lengua fuera, los ojos desencajados, el cuello torcido y rígido. A diez metros de la siguiente parada, eligió una llave del llavero atiborrado que llevaba, abrió una puertecita que había en la pared ennegrecida y llevó a su hijo por otro cuartucho de herramientas y hasta el andén. Y eso fue todo, o casi todo. Un paseo por un tramo de vías a oscuras. Durante el trayecto de regreso se sentaron en el penúltimo vagón. Falló un mecanismo de bloqueo y su tren, que frenó tarde, chocó con la parte de atrás de un tren de mantenimiento atascado. Billy se encontró en el suelo del vagón. Al mirar delante vio metal impactado, un marco retorcido para los cuerpos que se entrecruzaban en medio del humo espeso. Luego hubo un momento de calma supralunar. En aquel momento, justo antes de echarse a llorar, se dio cuenta de que hay por lo menos un número primo entre todo número y su doble.

Llegó la azafata con un carrito de comida motorizado. Billy prefirió mirar por la ventana a comer. No había nada que ver, sólo espacio descolorido, pero la sensación de que había un entorno más allá de aquel trozo de tubo presurizado, un susurro lejano de la biosfera, lo hacía sentirse menos constreñido. Intentó situarse mentalmente en un contexto temporal de *gesh* sumerios, confiando en convencerse a sí mismo de que así conseguiría que el viaje pareciera una cuarta parte de lo largo que era. El sistema de cuñas que usaban los sumerios.

Las potencias de sesenta. El sesenta como cuña vertical. Una mina eran sesenta shekels. Un talento eran sesenta minas. Los dioses estaban numerados del uno al sesenta. Había leído hacía poco (escrito en caligrafía astuta y urgente) que el sistema sexagesimal tenía unos cuatro mil años de antigüedad y que obviamente estaba lejos de extinguirse. Más listos que la mayoría, aquellos pueblos mesopotámicos. Capacidad natural para el álgebra. Hombres de mirada vidriosa prediciendo el Apocalipsis en sus zigurats.

Salió pasando como pudo por los asientos del hombre de al lado y su pequeña tribu de niñas y fue en busca del lavabo de la parte de atrás. Había once lavabos y todos estaban ocupados. Mientras esperaba en el tramo de pasillo que quedaba entre dos puertas, se le acercó un hombre corpulento y rubicundo que prácticamente exudaba esa especie de afabilidad incansable que la experiencia del viajar casi siempre induce en cierta gente.

—Mi boca dice hola.

—Hoola.

—Me llamo Eberhard Fearing —dijo el hombre—. ¿No te he visto en los medios?

—He salido un par de veces en televisión.

—Me quedé muy impresionado. Si no recuerdo mal, demostraste ser un maestro. *Brillante* es una palabra que se queda corta. Me encantó en particular tu fraseología técnica. Los matemáticos son una raza extraña. Lo sé porque los empleo en mi trabajo. Planificación y procedimientos. A ver, di un par de cosas.

—En persona no soy brillante.

—Quiero asegurarte que admiro los intelectos como el tuyo. Duro, frío y cortante, sí, señor. ¿Adónde te diriges?

—No tengo permiso para decirlo.

—¿Y vuelas directo o te bajas del avión por el camino?

—No hago comentarios.

—¿Dónde está tu espíritu de aventura?

—Es la primera vez que vuelo.

—¿Nervioso, pues? Háblame de matemáticas, entonces. En serio, ¿qué me cuentas?

—Creo que de momento nada.

—No hay sitio para la moratoria en ninguna profesión. Pero en la tuya especialmente. Los regalos pueden desaparecer sin aviso previo. Cumples los dieciséis años y todo desaparece. Ya no te queda por delante nada más que una vida completamente normativa. ¿No deberías estar sonriendo?

—¿Por qué?

—Somos desconocidos en un avión —dijo Fearing—. Estamos manteniendo una charla amigable sobre esto y aquello. La situación pide sonrisas, ¿no crees? Es la esencia del viaje. Supuestamente, así se libera un montón de simpatía reprimida.

Se abrió una puerta y de uno de los lavabos salió cojeando una anciana que tenía un quiste de color ciruela detrás de la oreja izquierda. Billy vaciló antes de entrar en el mismo lavabo, temeroso de que la anciana hubiera dejado atrás algún horror innombrable, producto de alguna glándula díscola. El pipicaca de los viejos. Y, en este caso, además enfermo. Descolorido hasta resultar irreconocible. Puede que sin tirar de la cadena. Por fin entró, deseoso de escapar de Eberhard Fearing, se encerró con pestillo en el compartimento de acero inoxidable y se fijó en lo poco que su reflejo se parecía a sí mismo, bastante pulcro con su americana y su corbata pero desacostumbradamente pálido, y por alguna razón cansado, como si aquel aire manufacturado estuviera amenazando su misma carne, extrayendo sustancias químicas necesarias y sustituyéndolas por disolventes malignos elaborados en Nueva Jersey. A su alrededor, a distintas alturas, había ranuras, pitorros, rejillas y receptáculos en voladizo; de uno de éstos salía un zumbido lubricado que sugería complejos procesos de reciclaje y depuración roñosa, un ruido localizado que no era más que una parte de una vibración que lo invadía todo, el latido silábico remoto del avión mismo.

Moratoria.

Había algo en aquella palabra que sugería amenaza. No era tanto una palabra extraña como una unidad lingüística extraterrestre o un trastorno vibratorio situado al otro lado de la frontera final de la vida. Había palabras que lo asustaban por sus insinuaciones de una amenaza comprimida. *Gota, ohmio, cornezuelo, pulpa*. Aquellos sonidos aparentemente orgánicos tenían poco que ver con el lenguaje, el significado o los ordenados contornos de las simples letras del alfabeto. Otras palabras tenían un efecto tranquilizador. Mucho después de familiarizarse con las curvas de transición de séptimo grado, se encontró con una definición de diccionario de la palabra *coseno* y descubrió allí una belleza no menos formal que la que había descubierto en los pliegues como de ropa de las ecuaciones gráficas (pese a que había razones para cuestionar la corrección absoluta de la definición):

La abscisa del punto final de un arco de una circunferencia que tiene su centro en el punto de origen de un sistema de coordenadas bidimensional, donde el arco tiene una longitud x y se mide en el sentido contrario a las agujas del reloj desde el punto $(0,1)$ si x es un valor positivo; o en el sentido de las agujas del reloj si x es negativo.

Se abrió la cremallera, dobló las rodillas para recolocarse una parte enredada del calzoncillo y luego se sacó el colgajo (que era como le habían enseñado a llamarlo) de los pantalones. Palabras y números. Escritura y cálculo. Escuelas de escritura cuneiforme situadas entre dos ríos. *Dubshar nished*. Escriba de las cuentas. ¿Cómo era? *Aš min eš limmu ia aš imin ussu ilimmu u*. Siempre había un número más, individual y distinto, fijo en su lugar y absolutamente completo. Se dio unos golpecitos en la parte inferior del colgajo con la intención de influir en el saco membranoso que almacenaba su orina. Los numerales más antiguos que se conocían. ¿Qué había leído en el manuscrito? Precuneiforme. Marcas hechas con estilos biselados en tablillas de arcilla. El número como intuición primitiva. El número generado a sí mismo. El número desarrollándose en la mente del niño de forma espontá-

nea y no verbal. Números enteros considerados la chispa de todas las ideas matemáticas de la antigüedad. ¿Cómo era? «Que esas ideas sobrevivan continuamente a las civilizaciones que las alumbraron y a los idiomas en que se expresaron puede suscitar un par de especulaciones acerca del hombre prehistórico y sus matemáticas. ¿Qué había antes de la base sesenta? ¿Las notaciones caléndricas sobre las herramientas de hueso? ¿Los dedos de las manos y los pies? ¿O algo demasiado grandioso para que se lo imaginara la mente moderna? Aunque las excavaciones importantes apenas están arrancando, no es demasiado temprano para prepararnos para una serie de inversiones sorprendentes.» Positivo en el sentido de las agujas del reloj. Negativo en sentido contrario.

Al final consiguió enviar unas cuantas gotitas débiles de orina a lo que parecía ser una cisterna sin fondo. Luego se lavó las manos y se peinó, usando las púas grandes del peine porque estaba convencido de que los surcos que dejaban le hacían parecer mayor. Tenía un cortecito en el pulgar tapado con una tirita que ahora se despegó, se chupó un poco la herida sin curar y luego tiró la tirita a aquel foso sin gérmenes, imaginando momentáneamente que una tira de plástico idéntica salía a flote a la superficie del agua que llenaba el lavamanos de acero inoxidable del lavabo de un avión comercial que sobrevolaba algún punto de las antípodas. Comprobó que tuviera bien cerrada la cremallera. Le dedicó al espejo una sonrisa oriental estereotipada, una antisonrisa, de hecho, que había aprendido de las películas antiguas que ponían por televisión. Añadió unos cuantos asentimientos formales y luego abrió el pestillo y salió con cuidado del diminuto cubículo plateado.

De vuelta en su asiento, se enrolló la corbata con cuidado hasta llegar al nudo y luego miró como se volvía a desenrollar; a continuación se dedicó a repetir el gesto una y otra vez, usando ambas manos para plegarla y luego calculando con precisión el momento de soltarla, abriendo las dos manos en el mismo instante. Al cabo de mucho rato, el avión aterrizó para repostar combustible. Cuando estuvieron otra vez en el

aire, caminó de costado por el pasillo hasta dejar atrás los lavabos y entrar en el jardín rocoso. La zona estaba atestada. Se sentó en una piedra y se esforzó por no quedarse mirando a ninguna de las mujeres acomodadas en las extrañas sillas triangulares que había desperdigadas por el lugar, señoritas en pose para librar conversaciones mundanas, y se preguntó qué tenían los viajes a gran altitud que las hacían parecer tan misteriosas y alcanzables, a contemplar en dos etapas: primero las rodillas muy recogidas, y a continuación los cuerpos parcialmente reclinados y distantes de las piernas radiantes. Estaba rodeado de gente embalsamada en sus posturas de cordialidad. Bebían y gesticulaban, llenando los senderos de la rocalla. De vez en cuando, alguna cara en concreto adoptaba de repente una especie de inteligencia descabellada, de tal manera que dentro del marco general de sus rasgos le aparecía una cabecita encogida, inflamada por las revelaciones. Niveles interiores. Subconjuntos. Capas subyacentes. En una silla cercana había una mujer de cincuenta y tantos años, menuda y de ojos muy redondos. Llevaba un vestido de color luminoso y tenía el flequillo cortado muy recto a la altura de las cejas. Para la edad que tenía era la mujer más *mona* que él había visto nunca. Echó un vistazo al folleto de agencia de viajes que ella estaba leyendo y acertó a leer las letras enormes de la cubierta.

TESOROS ANTIGUOS / PLACERES MODERNOS

UNA VIDA ENTERA DE RELACIONES NUEVAS A LO LARGO
DE DOCE DÍAS DE RETOZAR Y UNA NOCHE DE SENSUALIDAD
PELIGROSA.

La mujer levantó la vista, sonrió y señaló un bolso de cuadros que tenía medio vacío entre los pies. Billy intentó reaccionar con una expresión que transmitiera a la mujer la idea de que él había malinterpretado su gesto como un simple saludo que no requería de más comunicación.

—Un basenji —dijo ella.

—Traduzca, por favor.

—Lo he metido a bordo, a escondidas, dentro de mi bolso. Es un cachorrillo encantador. Estoy segura de que le gustaría saludarte: «Hola, amiguito. ¿Adónde vas?».

—No doy respuesta.

—No eres amerasiático, ¿verdad?

—¿Eso qué es?

—Lo que antes llamaban niños de la guerra —explicó ella—. Padre marine y madre nativa. Los vendían en Bangkok por quinientos dólares. «Y no te estoy dando gato por liebre, colega.» Tienes la edad adecuada para ser amerasiático. Yo soy la señora de Roger Laporte. «Hola, yo soy *Barnaby Laporte*. ¿A qué escuela vas, amiguito del alma?»

La mujer escuchó hasta la última palabra de la respuesta de Billy con esa obediencia ansiosa de quien está a punto de pasar por una operación quirúrgica importante. Cuando el chico terminó de hablarle del Centro, ella se inclinó sobre el bolso y le dio unas palmaditas. Además de ser hermosa, a la señora Laporte la rodeaba un aura bastante nítida de amabilidad. Era asombrosa la frecuencia con que la gente de aspecto amable resultaba estar loca. Billy se preguntó con gravedad si las cosas habían llegado a degenerar tanto como para que la gente loca y la gente amable fueran lo mismo. Cada vez que la mujer le hablaba haciendo ver que era el perro, encogía mucho el cuello y ponía voz chillona. Era lo más encantador que tenía.

—Debes de sentirte muy solo —dijo ella—. Todo el día rodeado de adultos e investigando sin parar entre cuatro paredes, sin el sol y el ejercicio que necesita el cuerpo de alguien de tu edad. El señor Laporte estudió en escuelas nocturnas.

Billy llevaba tiempo sin cortarse las uñas de los pies, y ahora se dio cuenta de que, cuando movía los dedos del pie derecho arriba y abajo, una uña particularmente larga le arañaba el interior del calcetín de orlón acrílico. Se dedicó a pasar el rato dejando que la uña del pie se le enganchara y raspa-

ra la tela con un gruñidito. Tenía ganas de sentarse en otro lugar, pero estaba seguro de que, en cuanto se pusiera de pie, la señora Laporte diría algo. Un hombre se cayó de una hamaca y su copa de cóctel se hizo trizas sobre una de las rocas del jardín. Si el perro se llamaba *Barnaby*, ¿su dueña les habría puesto a sus hijos Chispa o Flopi? La mujer parpadeó dos veces con sus ojos enormes, a continuación se abrazó a sí misma y se encogió de hombros, sonriendo en dirección a Billy: una serie de gestos que él interpretó fácilmente como desenfado puro y duro. Por supuesto, aquello lo dejaba con el problema de qué hacer a cambio.

—O sea, que eso que ha metido usted a bordo a escondidas es un perro —dijo—. ¿Y qué pasa si ladra?

—Un basenji —dijo ella.

Billy encontró un salón a oscuras y entró. Había dos hombres entretenidos con un juego de mesa egipcio. Con cuadrados de igual tamaño. Penalizaciones impuestas. Elemento de azar. Reconoció el juego: había visto a colegas suyos del centro jugarlo. Numerosas piezas geométricas. Una pieza única con forma de pájaro. Se acordó de las «bestias numéricas» del Antiguo Egipto: animales que se usaban para simbolizar diversas cantidades. El renacuajo equivalía a un millar, debido a los enormes bancos de aquellas criaturas que poblaban el barro cada vez que las aguas del Nilo se retiraban tras las inundaciones estacionales. Una serie de hombres llamados cordadores habían topografiado aquella tierra sin parcelar, usando nudos para calcular las unidades idénticas. Imposición fiscal y geometría. En la penumbra, Eberhard Fearing fue adoptando gradualmente una forma concreta. Piernas caminando hacia la izquierda.

—Me alegro de verte.

—Sí.

—Correcto del todo.

—Bien.

Tenía un conocimiento sumario de los textos matemáticos de aquel periodo. El problema de las siete personas que

tienen cada una siete gatos que a su vez consumen cada uno siete ratones que a su vez mordisquean siete espigas de cebada, de cada una de las cuales habrían crecido siete medidas de cebada. En los papiros, las piernas que caminaban a la izquierda eran los signos de suma.

—¿Cómo estaba el cuarto de baño? —dijo Fearing.

—A mí me ha gustado.

—El mío era de primera clase.

—Muy agradable.

—Vaya avión.

—Qué tamaño.

—Exacto —dijo Fearing—. Has dado en el clavo. Le estaba hablando de ti a una chica que está allí. A ella le encantaría oírte hablar largo y tendido. ¿Qué te parece si la voy a buscar y hacemos un trío?

—Puede que ya no me encuentre.

—¿Dónde vas a estar?

—Puede que tenga que ver a una gente.

—Pues dime dónde. Y nos juntamos todos.

—No estoy seguro de que estén a bordo —dijo él—. El problema, fíjese, es que no estoy seguro de que estén a bordo.

—En otras palabras, concertaste una cita por adelantado para ver a esa gente. Antes incluso de subirte al avión.

—Eso mismo.

—En una sección determinada del avión y a una hora determinada.

—Cerca de los lavabos.

—Y ahora ni siquiera estás seguro de que estén a bordo.

—Eso es.

—Esa gente a la que conoces.

—Eso mismo.

—¿Cuántos son? —dijo Fearing.

—Puede que cuatro o puede que más.

—¿Y qué son, matemáticos?

—Unos sí y otros no.

—Cerca de los lavabos.

—Acabo de inspeccionar la zona —dijo Billy—. Todavía no están allí.

—Admiro su intelecto, señor. Lo admiro poderosamente.

—Entendido. Me alegro.

—Porque no hay mercancía que escasee más que la pericia intelectual. Los hombres como yo entendemos eso. Un placer hablar contigo. Si alguna vez estás cerca, pues nada, pasa a verme. Yo estoy muy céntrico. Tenemos unas iglesias tremendas. Y mucho sitio para aparcar. Tráete a tus socios si les da por aparecer.

—Les encantará venir.

—Yo doy trabajo a gente de tu ramo.

Los jugadores parecían a punto de quedarse dormidos. Ni razonamiento teórico ni teoremas básicos. La ciencia práctica de la ordenación física. El sentido de la masa. Científicos que siguen sondeando los bloques de piedra caliza con radar para descubrir qué hay sepultado en esas pirámides. Se acordó del obelisco de Central Park y se preguntó si alguna vez tendría ocasión de examinar un fragmento genuino de escritura sagrada.

Instrucciones para conocer todas las cosas oscuras.

El avión volaba por encima de las inclemencias meteorológicas. Fue a sentarse en una zona trasera situada detrás de los estantes del equipamiento y de los iconos antichoque. Pasó una hora libre de estrés. O tal vez fueron cuatro horas. Se había olvidado de qué tipo de brazada estaba usando para nadar por el tiempo, si eran los minutos o los *gesh*. Aquella parte del avión tenía aspecto de llevar mucho sin usarse. Estaba llena de polvo y de trastos y sus verdaderas dimensiones quedaban ocultas por una intrincada serie de particiones. El plástico allí era de verdad, a diferencia de las variaciones sintéticas posteriores de las zonas delanteras. Una especie de Barrio Viejo. Apoyó los pies en la parte delantera del asiento y se encogió, y se fijó en la serie de dígitos que había grabados en el asiento, una secuencia de bultitos individuales polimerizados y situados entre sus zapatos: 0Z7ZΞI. Debidamente ende-

rezados y divididos por una serie mezclada de sus tres primeros dígitos, arrojaban un resultado que sólo estaba a un número de distancia del divisor; de tal manera que los dígitos del divisor y del resultado coincidían con los dígitos de la serie original (salvo uno); de tal manera que cada número consecutivo (el divisor y el resultado) era la suma de los cubos de sus dígitos. De hecho, nada lo aburría más que los cálculos puramente lúdicos. Y, sin embargo, su capacidad para comprender las propiedades de los números enteros era tal que a veces se sorprendía a sí mismo observando cómo un número se desplegaba hasta revelar la estructura reproductiva de su interior. Eberhard Fearing. Lo que le había contado a aquel risueño viajero sólo era mentira en parte. Sí que tenía programada una reunión (con una persona o personas desconocidas), pero no a aquella altitud. Cerró los ojos. Avión comercial atravesando la esfera de vapor, atravesando la amalgama ciega de gases, humedad y partículas de materia. Metal dilatado y marcado ritualmente. Sonó un timbre fuerte.

Hizo sus cálculos con la misma facilidad con que un ave costera remonta una corriente ascendente. Pero la belleza era puro decorado a menos que fuera severa, a menos que se adhiriera estrictamente a una serie de códigos internos y coherentes, y esto era algo que él percibía con claridad, la archirrealidad de las matemáticas puras, su disposición austera, sus vínculos con la simplicidad y la permanencia; los equilibrios formales que mantienen, la inevitabilidad que acompaña a la sorpresa, la exactitud que acompaña a la generalidad; el desdén infinito que muestran las matemáticas hacia todo lo que hay de descuidado en el carácter de sus practicantes y hacia todo lo que hay de trivial e innecesariamente repetitivo en su obra; su precisión como lenguaje; su reclamación de las conclusiones necesarias; su búsqueda de esquemas de conexiones y de una forma signifiante; la libertad plural que ofrecen en esas mismas constricciones que nunca dejan de presentar.

Las matemáticas tenían sentido.

Bajó los pies hasta el suelo, sin abrir todavía los ojos, una circunstancia que confería al espectador el tiempo suficiente para determinar qué era lo que le daba al chico apariencia de adepto a la concentración: su simple quietud física, el hecho de que su cuerpo parecía comprimirse hasta adoptar la forma de un objeto más compacto. Era una quietud que los movimientos de sus pies no alteraban, pero que quedó completamente destruida en el instante mismo en que abrió los ojos. Este último acto sirvió para liberar en el mundo una presencia cuya naturaleza era en esencia serio-cómica, la presencia de la primera adolescencia intentando ocultarse dentro de un pliegue de apatía.

El timbre sonó otra vez y una luz se encendió y se apagó. Billy regresó a su asiento. El avión volvió a aterrizar para repostar y en esta ocasión él fue uno de los pasajeros que se bajaron. Se abrió paso entre una densa multitud de personas, ninguna de las cuales parecía estar yendo a parte alguna ni encontrándose con nadie. Se preguntó si vivirían en el aeropuerto. Tal vez en la ciudad no hubiera sitio para ellos y habían acabado asentándose allí, durmiendo dentro de los bidones de petróleo de los hangares en desuso, levantándose con el amanecer y entrando en la terminal a holgazanear. Llegó a su destino, una puerta de embarque especial que había en una zona aislada del aeropuerto. Allí lo esperaban dos hombres. Ya habían recogido su maleta y lo llevaron a bordo de otro avión, mucho más pequeño que el primero, sin más pasajeros que él, con espacio de sobra para bostezar y estirar las piernas. Sus acompañantes se llamaban Ottum y Hof. El vuelo fue relativamente corto, y después de que el avión descendiera sobre una pista de aterrizaje desierta, el chico y los dos hombres caminaron hasta una limusina que los esperaba. Billy tenía el enorme asiento trasero para él solo. Mientras Ottum arrancaba el coche, su socio se dio media vuelta y señaló un letrero pegado con cinta adhesiva a la parte inferior plegada de uno de los asientos auxiliares.

Por favor, absténgase de fumar por consideración al conductor de este vehículo, que sufre:

- | | |
|--|---|
| <input type="checkbox"/> Hipertensión | <input type="checkbox"/> Neumonía adquirida |
| <input type="checkbox"/> Tuberculosis | <input type="checkbox"/> Alergias asociadas con el tabaco |
| <input checked="" type="checkbox"/> Asma | <input type="checkbox"/> Dificultades respiratorias |
| <input type="checkbox"/> Asma bronquial | <input checked="" type="checkbox"/> Otras |

—Llegaremos en veintipocos minutos —dijo Ottum.

—Este coche es un Cadillac, ¿verdad?

—Nada más y nada menos.

—Casi me he quedado pasmado al verlo. Por eso pregunto. Aquí en medio de la nada.

—Son unos vehículos inconfundibles —dijo Hof—. Hecho a medida de cabo a rabo. Lo que llamamos un vehículo a motor meticulosamente personalizado. Ya lo creo que es un Cadillac.

—El Rolls-Royce de los automóviles —dijo Ottum.

A Billy le habían ordenado que no dijera a nadie adónde se dirigía. Tampoco podría haber dicho gran cosa ni aunque quisiera, ni a Eberhard Fearing ni a nadie. Conocía el nombre del lugar pero poco más. Al parecer, la gente al mando todavía estaba definiendo sus objetivos, y por tanto no hacía pública información más que con cuentagotas. En cuanto a la razón por la cual su presencia en concreto se consideraba esencial, no le habían dicho ni una palabra.

—¿Y está blindado?

—Por supuesto, de arriba abajo.

—Nunca lo hubiera imaginado. Solamente lo preguntaba porque lo normal es que una limusina tan grande incluya todos los extras.

—Es para la gente importante —dijo Hof.

—¿Alguna vez ha recibido disparos?

—Claro que no.

—Veo que no es de las que tienen techo de cristal.

—Lo ve —dijo Hof.

—Ya lo he oído —dijo Ottum.

—Ve que no tiene techo de cristal.

—Qué dos sentidos del humor tan tremendos.

—Enróllate.

—Sólo estaba replicando.

—Enróllate, anda —dijo Hof.

Intentó deleitarse con las lujosas comodidades del asiento de atrás, jugueteando con los chismes y raspándose las suelas de los zapatos contra los bordes de los asientos auxiliares plegados para limpiarlas de cualquier materia extraña que se le hubiera acumulado allí recientemente.

—No he pasado por la aduana.

—Ya nos hemos encargado de eso —dijo Hof—. Eres un caso especial. Es una cortesía que otorgan a los casos especiales.

Viajaron por carreteras en mal estado que surcaban una llanura gris. Vio una sola señal de vida: un viejo con una varilla de contar. Debe de estar ahí para los turistas, pensó. Al cabo de un rato apareció un punto parecido a una lentejuela en la unión de la tierra con el aire.

—Tal vez no lo sepas —dijo Hof—. Pero eres más o menos una leyenda de tu tiempo.

Estaban llegando a algún sitio. Y él se dio cuenta de inmediato de que era un sitio notable. Elevándose sobre el paisaje, y extendiéndose de lado a lado, había una estructura geométrica inmensa, no reconocible de inicio como algo diseñado para albergar, contener o dar cobijo, sino más bien como simple formulación, como expresión en términos sistemáticos de una maquinaria de cincuenta plantas o juguete educativo u objeto decorativo bidimensional. La forma dominante parecía ser un cicloide, esa elegante curva que traza un punto fijo de la circunferencia de un círculo al rodar sobre una línea recta, una línea que en este caso era la tierra misma. Su atención se desvió un momento mientras el coche cruzaba un campo de antenas parabólicas, centenares de ellas y todas sorprendentemente pequeñas. Ahora que lo tenía más cerca, pudo ver que el cicloide no estaba entero, sino que carecía de

cúspide o arco superior, y que, encajado dentro de la figura por medio de un soporte de acero en forma de V, se encontraba el elemento central de toda la estructura: una lenta serie giratoria de aros en intersección con aspecto de instrumento medieval de astronomía.

En conjunto, la estructura debía de tener unos quinientos metros de ancho y unos doscientos de altura. Acero soldado. Hormigón armado. Polietileno traslúcido. Aluminio, cristal, Mylar, feldespato. Se fijó en que las superficies parecían desviar la luz natural, provocando que las perspectivas desaparecieran y obligando a apartar la vista de vez en cuando. Punto línea superficie cuerpo. Sensación de espejismo solar. Y, pese a todo ello, era un edificio. Una cosa llena de gente.

El Experimento de Campo Número Uno.

El coche se detuvo junto a varias piezas de maquinaria de construcción. El chico salió, fascinado sobre todo por el lento movimiento del componente central, el elemento medieval de la estructura. Plata cegadora a ambos costados. Vetas y texturas de elusiva iridiscencia líquida. Y, sin embargo, la gigantesca esfera central, soportada por la V de acero, a su vez encajada dentro del cicloide discontinuo, estaba llena de aros de color bronce, era claramente tridimensional y giraba munificente por encima de Billy.

—¿Y ahora qué pasa? —dijo Hof.

—Que se va a sus aposentos.

—¿Y no tiene que ver a Dyne?

—Lo llevamos a sus aposentos —dijo Ottum.

El ascensor no producía sensación alguna de movimiento. Ni una sola vibración. Ni la más ligera onda lineal le cruzó las plantas de los pies. Podría haber estado descansando, o bien caminando de lado o en diagonal. No le gustaba aquella idea del movimiento estacionario. Quería saber qué se estaba moviendo y en qué dirección. Tenía la sensación de que le habían dado una medicación restrictiva y luego lo habían colocado dentro de un bloque de espuma coagulada, despojado del lenguaje natural de la continuidad.

Los dos hombres lo llevaron por una serie de pasillos secundarios que conducían a la entrada de un laberinto de conglomerado. La razón de ser de aquel lugar, dijo Ottum, era su «valor lúdico». Después de atravesar el laberinto, llegaron a los aposentos de Billy, a los que Hof denominó «cápsula». No había ventanas. La luz era indirecta y provenía de un pequeño foco de arco voltaico orientado hacia una placa reflectante que había encima. Las paredes eran ligeramente cóncavas y tenían paneles de un material reverberante decorado con cuadrados y figuras parecidas, todo en los mismos tonos de azul apagado y distorsionado por la topografía cóncava. El efecto óptico resultante hacía que de entrada la habitación pareciera casi totalmente desprovista de puntos de referencia horizontales y verticales. También estaba insonorizada y equipada con un «convertible» (una unidad que hacía las veces de sillón y cama) y un imponente equipo de pared. Ottum le explicó este último elemento. Se llamaba «módulo de entrada limitada» y se componía de mesa de trabajo, grabadora, videoteléfono con monitor, controles de temperatura, calculadora y «pantalla de telepanel». Esta pantalla formaba parte de un sistema de transmisión que incluía láseres, película de revelado automático, indicadores de posición, un trozo de tiza, una pizarra y líneas telefónicas normales; también grababa cualquier cosa que se escribiera en la pizarra y lo reproducía en el Complejo del Cerebro Espacial, situado más de cincuenta pisos por encima. Billy se quitó la chaqueta pero no encontró armario donde guardarla hasta que Hof accionó una palanca que había en el módulo.

—¿Ves esa rejilla que hay ahí en la pared? —dijo Ottum.

En una esquina de la habitación había una rejilla metálica de veinte centímetros cuadrados. Estaba encajada en la parte baja de la pared, con el lado inferior a un dedo del suelo. A través de la retícula de varillas de metal, Billy no vio más que oscuridad. Asintió con la cabeza en dirección a Ottum, que se sacó una tarjeta del bolsillo y se puso a leerla despacio y con voz oficial.

—El punto de salida sobre el cual se le ha llamado la atención es el único punto de salida de emergencia de este sector, y no hay que usarlo para ningún propósito, salvo en caso de incendio, inundación provocada por el hombre, catástrofe o desastre natural, o bien en situaciones de crisis internacional de esas que se caracterizan por ataques nucleares o eventos subnucleares de clase terminal. Si ha entendido usted esta declaración establecida, indíquelo por medio de palabra o gesto.

—La he entendido.

—La mayoría de la gente se limita a asentir con la cabeza —dijo Ottum—. Es más universal.

Billy añadió un asentimiento con la cabeza a su afirmación verbal.

—¿Cuánto tiempo lleva todo esto aquí? —dijo—. Este edificio enorme.

—Es relativamente nuevo —dijo Hof—. Le faltan unos días de retoques nada más. La gente ya está trabajando con ahínco para acabarlo. De momento todo cumple los plazos.

—Salvo el hecho de que el agua de los retretes va al revés —dijo Ottum—. Me he dado cuenta hoy. El remolino va de derecha a izquierda. Justo al contrario de como estamos acostumbrados.

Mientras Billy abría su maleta, los dos hombres se detuvieron en la puerta.

—Se supone que ahora tiene que descansar —dijo Hof—. Primero descansa. Luego se asea. Luego come y duerme. Y por fin ve a Dyne.

—¿Cuándo deshago la maleta?

—¿Sabe que tiene que mantenerse lejos de la maquinaria de construcción? —dijo Ottum—. Tal vez habría que decírselo de forma oficial. ¿Sabe que puede ser peligroso para un niño acercarse a una grúa gigante?

—Empiezo a tener la sensación de que este sitio tiene muchas reglas.

—Sé tú mismo —dijo Hof—. Pero no te alejes demasiado. Les escribió una postal a sus padres, que estaban en el

Bronx, para contarles lo del Cadillac blindado. Luego se tumbó en el convertible, supuestamente para descansar. Descansar, asearse, comer, dormir. Pero si dormía ahora, lo descontrolaría todo. Pensó en el comentario que le había hecho Ottum sobre la grúa gigante. ¿Por qué había dicho lo de «gigante»? ¿Por qué no simplemente «grúa»? ¿Acaso no eran todas las grúas de construcción bastante gigantescas? Se encogió en el interior del fardo apenas flexible de material parecido a una tela gruesa. ¿Era posible que lo hubiera oído mal y Ottum hubiera dicho «grulla» en vez de «grúa»? No, no era posible. Pero tampoco era imposible. Vale, pues si era una grulla, ¿qué clase de grulla? Un ave silenciosa y zancuda con alas gigantes que batía sobre las cabezas de las pequeñas personas que dormían.

Y tú te lo crees, mongolito.

Sintió un calambre en el pie derecho. Los dedos del pie se le doblaron hacia abajo y hacia dentro y se le quedaron agarrados en esa posición. Cada vez que tenía aquella sensación, daba por sentado que tendría suerte si volvía a caminar algún día. Mientras se preguntaba qué hacer en caso de que el calambre empezara a propagarse, fue consciente por fin de lo increíblemente insonorizada que estaba la cápsula. En su experiencia, todas las habitaciones poseían alguna clase de tono, de manera que ahora intentó captar algo en el aire, aislar un par de respiraciones medidas, alguna distorsión de la calma monumental. Siempre hay cierto peligro vinculado con la ciencia de sondear el substrato. Al cabo de un rato se olvidó de que se suponía que tenía que estar concentrado en la escucha. Descansó sobre una línea estable, concluyendo por fin el largo descenso de la jornada hasta la superficie de las cosas concretas.